

EL PUEBLO

SEMANARIO DEMOCRATICO

ÓRGANO DEL PARTIDO DE UNIÓN REPUBLICANA DE TORTOSA

AÑO II

Precios de suscripción

En Tortosa al mes. 0'50 pesetas.
Fuera trimestre. 1'50 id.

Sábado 15 de Marzo de 1902

Puntos de suscripción

En la Redacción y Administración calle de San Blas.

Núm. 58

NEGRURAS

Las más densas tinieblas oscurecen el horizonte político. Fusionistas y conservadores son dos entidades inútiles para el Gobierno; organismos de instituciones arbitrarias, que dirigiendo la nave del Estado, sin nociones de patriotismo y faltos de las dotes intelectuales necesarias, han llevado al pueblo al presente estado de envilecimiento y de miseria.

Una seria apenas interrumpida de fracasos, fué el paso del partido conservador por las esferas del poder. Políticos sin fe, faltos de conciencia, Silvela y sus adláteres, no tienen otros principios ni más programa que el estómago; su aspiración suprema, es mandar, dar satisfacción al repugnante personal egoísmo. Sin posibles soluciones á ningún problema, porque el vetusto pedestal del monarquismo es un obtáculo al brillo de la justicia, se atreven á meterse en todo plagando de dificultades los asuntos y creando innúmeros conflictos con sus torpezas y funestas iniciativas.

Los grandes errores, las imposibles reformas mientras exista la monarquía, hicieron caer del Gobierno, entre el marasmo más completo, al partido conservador, dejándole disgregado, maltrecho é inútil para gobernar hasta la insula Barataria.

Esto no es decir que el fusionismo sea mejor... Sagasta y sus liberales de pega, pueden recibir, y les viene como de perlas, los mismos calificativos que los conservadores, puesto que unos á otros tienen por bandera un trapo con multitud de colores, indispensables para aparecer cada día con el color que corresponda, á fin de conservar las riendas del poder el mayor tiempo posible.

No es muy lisongero el estado del partido liberal de la monarquía. Ve leidoso en los principios que sustenta, por complacer concupiscencias, bastardeándolo todo, ha llegado hasta el último período de su existencia, habiendo roto para siempre las ligaduras que le daban cohesión, la disciplina que le daba fuerza.

Con la restauración de la extranjera monarquía borbónica, nacieron esas dos entidades que á fecha fija han venido sustituyéndose en el poder durante 27 años.

En ese largo período, han hecho todo el daño que se le puede hacer á un pueblo, consiguiendo hasta reducirlo á la nada.

En cuanto á su labor civilizadora, ha sido tan mala que en el presente estamos en cultura casi al nivel de Turquía.

Vinieron á gobernar en nombre de la paz y nos han tenido en continua guerra; prometieron la felicidad y han causado nuestra desdicha; el bienestar, la riqueza, y han hecho de España la nación más desgraciada de Europa. El país nada les tiene que agradecer; en cambio, son muchos los daños que le han prodigado. Ojalá que todas las cuentas pudieran saldarse haciéndose más densas esas tinieblas que se perciben en el horizonte, para que de su seno surja el rayo vengador. Solo así nos da alegría la perspectiva de la noche, la vista de la penumbra.

Si esa obscuridad es signo precursor de la justicia, los patriotas y los amantes del progreso debemos exclamar: Vengan NEGRURAS.

UN PROGRAMA GRIPPAL

Consumíame la calentura. La gripe, ese azote novísimo de la mísera especie humana, había hecho presa en mis pulmones. Y mientras el cuerpo, postrado, cumplía trabajosamente, como máquina descompuesta, las funciones indispensables de la vida, libre el espíritu de la servidumbre de la sensación, se agitaba afanoso é inquieto entre las fantasías del delirio.

No fué de ellas la menos horrenda una cuyo vago recuerdo ha quedado estampado en mi memoria. Fingíame yo morando en plácido y dulce retiro, lejos de las vanidades del mundo y las pasiones de los hombres. Allí yacía, arrobado, escuchando el rumor de las brisas, el murmullo de las fuentes, y el canto de los pajarillos. Un sordo ruido

que no era el del trueno, aunque á él mucho se asemejaba, me sacó de mi apacible contemplación. Aquel clamor formidable era, sin duda alguna, la voz del pueblo, el acento de la muchedumbre. Alguien se presentó ante mí para intimarme lo que de mí se pretendía. ¡Horror! La voluntad soberana había resuelto echar sobre mis débiles hombros la carga formidable de la gobernación del Estado.

Resistí, protesté, supliqué, mal dije. Todo en vano. La multitud me rodeaba por todas partes, me oprimía, me ahogaba. Su voluntad era absoluta, imperiosa, irresistible.

Mi obstinada negativa amenazaba serme funesta. Ya á los vítores sucedían las amenazas y á los acentos de congratulación los ademanes de cólera. El tirano colectivo no concebía siquiera la desobediencia á sus mandatos. Oradores improvisados se esforzaban en persuadirme, metiéndome los puños por los ojos, de que sólo de mí dependía la salvación de la patria. Al fin cansados de mi resistencia, diéronme á elegir entre la muerte inmediata y la presidencia del Consejo de ministros. Hube de optar por la segunda. Confío en que Sagasta y Silvela sabrán disculpar mi flaqueza.

De esta escena de tumulto trasladóme el delirio bruscamente á la primera reunión del Consejo. Rodeábanme mis compañeros de gabinete esperando sin duda la enunciación de nuestro programa político. Y en este trance, espontáneamente, sin titubeo ni reflexión, como brota del manantial el agua cristalina, así brotó de mis labios, tan refractarios de ordinario á la elocuencia, un discurso del tenor siguiente:

—Yo soy aquí, queridos compañeros, un estadista á palos, como el médico de Molière. ¡Haga el cielo que los mismos que me han elegido tan á pesar mío no se arrepientan de su empeño, como hubieron de arrepentirse del suyo los que hicieron al rey Wamba objeto de una violencia semejante!

¿Queréis conocer mi programa político? Es muy sencillo. Vamos á cobrar mucho y pagar poco. Recaudaremos por ahora rigurosamente las contribuciones. Pero por ahora no pagaremos el cupón, no pagare-

mos á los curas, no pagaremos pensiones superiores á mil quinientas pesetas, no pagaremos sueldos de más de tres mil, despacharemos á los dos tercios de los empleados...

—Entonces, dijo una voz, quedará un sobrante...

—Un sobrante de cientos de millones.

—Buen margen, exclamó uno de mis compañeros, para emprender la regeneración.

—Poco á poco, repliqué. No se trata ahora de eso. Cada cosa á su tiempo. Hay aquí un problema previo que tenemos que resolver. Caminos, canales, educación, fomento de la riqueza, reorganización de los servicios: todo vendrá en su día. Por de pronto necesitamos ese dinero para otro menester urgentísimo.

—¿Para cual? preguntaron todos á la vez.

—Pues para la guerra civil.

Siguióse un silencio efecto de la estupefacción general. Luego continué de este modo:

—¿No comprenden ustedes lo que va á pasar aquí? Clero, clases directoras, elemento neutro, tan luego como se les haya limpiado el comedero, se lanzarán al campo contra nosotros, enarbolando la bandera de don Carlos ú otra semejante. Por nuestra parte, contaremos para resistir con la opinión sinceramente liberal y con buen golpe de millones. Se habrá hecho el deslinde. La España vieja y la nueva se hallarán frente á frente. La lucha sorda en que se consumen todas las energías de esta pobre nación se decidirá de una vez. ¿Sucumbimos? Pues á morir. España se convertirá en una Marruecos cristiana. ¿Triunfamos? La reacción habrá sido aplastada para siempre. Entonces se podrá hablar aquí de regeneración. Entonces se pagarán deudas, se reorganizarán servicios, se retribuirá á quien lo merezca, se echarán los cimientos de una nueva vida. Antes, no.

¡Válete Dios y qué espantosa gritería siguió á la exposición de tan estrafalario programa!

—¡Pero eso es provocar de intento la discordia civil!, clamaba uno.

—¡Eso equivale á lanzar en brazos de don Carlos á todas las fuerzas vivas del país!, vociferaba otro.

— ¡Eso es empezar por el despojo para acabar por el asesinato!, gritaba indignado un tercero!

— ¡Es absurdo!

— ¡Es inicuo!

— ¡Es atroz!

— Lo veis? dije á mis interruptores cuando se hubo calmado el tumulto. ¿Qué os decía yo? No podeis llamarnos á engaño. Yo no soy un político ni un estadista. Yo soy un soñador, un utopista, un visionario. Dejadme volver á mi tranquila soledad, entre pájaros, arroyos y flores. Las combinaciones de la alta política no se han hecho para mí. Seguid vosotros pagando el cupón, pagando á los curas, pagando á activos y pasivos, tratandode restañar en la paz la sangre que brota á borbotones de las heridas de la patria. Pero velad por esa paz. Tened buen cuidado de que el Papa futuro no resulte ultramontano. Procurad que no haya en Europa quien preste á don Carlos algunos millones. Si conseguís eso, si lográis sortear el eterno peligro de la guerra dinástica, entonces iréis tirando trabajosamente del carro del Estado. No podréis evitar un poquito de bancarrota. No podréis hacer de España una nación europea. No desterraréis el caciquismo, ni el favoritismo, ni la mentira electoral. Pero viviréis oscilando entre una pseudo libertad y una auténtica represión siempre en pleno período constituyente, siempre en pleno terremoto legislativo, no pudiendo dar jamás cosa alguna por definitiva y conquistada, esperando siempre á que la reacción venga á destruir todo lo hecho y á ponerlo de nuevo en cuestión, como hoy la veis levantarse para renovar, al cabo de treinta años, los tiempos del padre Claret. Así seguiréis vegetando hasta tanto que alguno se apiade de nosotros y nos conquiste.

Dije, y partí para mi retiro tranquilo y deleitoso, dejando á mis oyentes en la duda de si había querido proponer en serio un programa de gobierno ó zafarme ingeniosamente del compromiso. Duda que ni á ellos ni á ti, lector, podría disipar, toda vez que la fiebre no me ha revelado el secreto.

ALFREDO CALDERÓN.

PRUEBA DECISIVA

(Historia que parece cuento)

Don Nicomedes era un viejo simpático. Joven de corazón, fresco de inteligencia, huía instintivamente de los hombres rancios y tenía por amigos mozos inteligentes, con quienes compartía, siempre con criterio avanzado y liberal, sobre todos los problemas divinos y humanos.

Sabíamos que no era católico ni pertenecía á otra religión alguna conocida; pero no habíamos podido sacarle sobre el problema religioso en última palabra. Se reía de igual modo de católicos y protestantes, que de budhistas, israelitas y mahometanos. Combatía indistintamente todos los dogmas, pero no era un escéptico, tenía, fe en la vida, en el porvenir de la humanidad; amaba lo bueno y lo bello; se extasiaba ante los prodigios de la naturaleza; nos parecía á veces panteísta y otras materialista puro.

Nos bastaba para estimarle saber que no era un dogmático, sino un hombre en que la razón había ahogado la fe y que estaba, sin intransigencia, dispuesto siempre á aceptar todo lo que se le probase de una manera concluyente.

Era hombre de regular fortuna y estaba casado con una castellana vieja, de la que tenía una hija, joven á la sazón de veintidós años.

Madre é hija eran, más que religiosas, beatas. Todas las predicaciones de don Nicomedes se habían estrellado siempre contra la fe de su esposa, que había educado en las mismas creencias á su niña.

Algunas veces echábamos en cara á nuestro amigo la mojigatería de su familia. Don Nicomedes recurría entonces á su respeto á las ajenas ideas.

— Que crean lo que gusten — nos decía. — Mientras cumplan con sus deberes y me respeten, no me importa.

Y en verdad que, por lo demás, no tenía por qué quejarse de su esposa ni de su hija, pues ni le molestaban ni dejaban de ser para con él solícitas y cariñosas.

— ¡Ah! — le decíamos muchas veces, — ya sabemos lo que le va á recurrir cuando muera. No faltarán curas al lado de la cama. La de usted sí que es conversión segura. No sólo por su mujer y su hija, que son católicas á machamartillo, sino por los muchos otros parientes que tiene usted, también religiosos y fanáticos.

Don Nicomedes tenía sobre todo un primo que no salía de la iglesia y que no había contribuido poco á enardecer la religiosidad de las dos mujeres.

— No lo crean ustedes, — contestaba á nuestros augurios al buen viejo. — No sé como andaré de la cabeza entonces; pero por poco claro que vea, yo les aseguro que no entrarán curas en mi alcoba.

Supu un día que estaba don Nicomedes gravísimo.

La familia estaba de cónclave.

— Creo que sí, — decía la esposa de don Nicomedes cuando entré en el gabinete — Hemos conseguido tocarle en el corazón.

— Como se ve tan mal; le ha hecho impresión, — murmuró la niña.

— Más vale asustarse que perderse, — replicó sentenciosamente el primo.

Entré en la alcoba.

Don Nicomedes me reconoció en seguida

— Esto se va, — me dijo sonriendo con tristeza.

— No será tanto, — le contesté aproximándome á la cama.

— Sí, ya ves, ya quieren confesarme.

No contesté. La conversación de la familia me había puesto en autos.

— El caso es, — continuó don Nicomedes como si tratase de disculparse, — que la fe es algo que se pega. Porque no es, no, por el qué dirán, es porque creen procurarme un beneficio.

— La fe... — murmuré yo por no saber que decir.

— Sí, la fe, — siguió don Nicomedes. — Madre é hija darían por lo que llaman salvarme, hasta su vida.

Quedó luego un momento pensativo.

En esto entró la esposa fingiendo cara de pascua.

Miró á su esposo y luego me miró á mí, como si quisiese averiguar de lo que habíamos hablado.

Temía seguramente que yo no fuese un peligro para la salvación de su esposo, y para evitarlo venía decidida á no dejarnos solos. Se sentó junto á la cama.

— ¿Cómo le encuentra usted? — me preguntó. — ¿No es verdad que no tiene mala cara?

Antes que contestara, entró el primo.

Más resuelto que ella, se dirigió desde luego al enfermo preguntándole.

— ¿Qué? ¿Te has decidido?

El enfermo parecía ensimismado. No contestó.

De pronto se oyó que decía:

— ¡Oh! — como si hubiese recordado algo.

— Bien, — volvió á decir el primo, — ¿te has decidido? Yo, francamente, contando con que eres razonable he mandado avisar.

— Parece que corre prisa — exclamó don Nicomedes incorporándose.

— No — se apresuró á decir la esposa. — Ya sabes que este es en eso exagerado.

Consideré prudente retirarme. Tendí la mano á la presunta viuda, y ella en seguida me dijo:

— Adiós, ya vendrá usted á verme.

Pero don Nicomedes me cogió por el faldón de la levita, diciendo:

— Quédate. Has sido siempre un buen amigo mío. Y, por otra parte, si ahora no tengo el valor de mis actos, ¿para cuando voy á dejarlo? Quédate; tú puedes saberlo todo.

El primo y la esposa me miraron con desconfianza.

— Llama á Clarita — dijo don Nicomedes á su esposa.

Obedecida la orden.

Setáos todos — gritó, más que dijo, don Nicomedes.

Nos sentamos.

— Soy en efecto un hombre razonable — continuó el enfermo. — Afortunadamente creo que conservo completas mis facultades. Ya sabéis todos, y tú más que nadie — añadió mirándome — que jamás me tuve por católico. De joven transigía con las fórmulas que no me fueran muy molestas. Cuando, ya maduro, reflexioné seriamente para fijar mis opiniones, hallé absurdos todos los dogmas religiosos. Así continué pensando. Pero no por eso he dejado ni dejo de respetar la ajena fe. Voy á morir; no me cabe la menor duda. El eterno problema está ahora ante mí más apremiante que nunca. Esta es la prueba definitiva. Vale la pena de pensarlo nuevamente. He reflexiona-

do, pues, con todo el detenimiento posible.

— ¿Y has decidido?... — interrumpió el primo impaciente.

— He decidido que puede que tengáis razón...

La familia respiró satisfecha.

El primo me miró con el rabillo del ojo.

— Sí, puede que tengáis razón — siguió el enfermo; — y yo no quiero exponerme á ser yo el que no la tenga. Realmente, la salvación en una vida que ha de ser eterna, es cosa que importa. Estoy, pues, decidido á seguir vuestro consejo, á confesarme, á reconciliarme con Dios, á quien tanto debo haber ofendido. Pero depende de vosotros que lo haga.

— Ya he mandado avisar al cura, — dijo el primo.

— Sí, — agregó la esposa; — confiado en lo bueno que eres, le hemos mandado llamar.

Yo no sabía qué hacer. Don Nicomedes dejó pasar estas interrupciones, y luego agregó:

— Habéis ido quizá demasiado de prisa. Sabed que yo no juego con las cosas serias. Me confieso, ó no me confieso; pero si me confieso, ha de ser de verdad, como se confiesan los que creen, como se confiesan los arrepentidos, los que quieren volver á la gracia de Dios.

— Es claro, es claro, — interrumpieron todos.

— Necesito de vuestro consentimiento, pues creo un deber advertiroslo antes. Sabed que, de confesarme, debo restituir todo lo que poseo, porque todo es mal adquirido. La casita de Chamberí la gané en un pleito que seguí de mala fe; la de la calle de Peligros era de aquellos menores de que fuí tutor; las acciones del Banco las compré enajenando unas láminas de los Pósitos de Almagar de Abajo. Quedarán todavía restituido todo, algunas deudas, pero Dios me las perdonará en gracia al dolor con que he de resignarme á morir dejándolos en la miseria.

Yo bajé la cabeza como si quisiera esconderme. Tan aterradoras eran las caras de las dos mujeres y del primo.

Sonaron dos golpecitos en la puerta. Los tres se levantaron como por resorte.

La puerta se entreabrió y un sacerdote asomó medio cuerpo.

La esposa de don Nicomedes, la hija y el primo, se lanzaron á él como tres fieras.

— ¡No se puede entrar, no se puede entrar! — gritaron á coro; y á empujones echaron al cura, sin que le valieran las protestas contra tamaña descortesía.

Todavía sonaban en el lejano pasillo voces de: ¡Fuera de aquí! ¡Esto es un atropello! y otras tales, cuando oí en la alcoba una gran carcajada.

Era don Nicomedes, que se moría de su enfermedad y de... risa.

F. PI Y ARSUAGA

REFLEXIONES AMARGAS

A no verle no podría creerse el estado de postración á que ha llegado el pueblo español, bajo el mando de Poncios y de Pilatos ó sean Sagasta y Silvela.

Pocos, muy pocos de los hijos de esta hidalga nación, pueden mostrarse satisfechos, suponiendo que vivimos en el mejor mundo posible y entre estos pocos, excepción hecha de los indiferentes que solo se cuidan de si propios y no les importa un ardite de las desventuras de la patria, no se halla uno que viva del royecto de su honrado trabajo.

El pueblo obrero, el que por medio de su trabajo manual ó de inteligencia subviene á duras penas á las más imperiosas necesidades de la vida, ni está satisfecho ni puede estarlo bajo un régimen que no garantiza su libertad de acción, ni respeta sus derechos ni trata de normalizar por los medios reservados al poder el desarrollo de ese mismo trabajo que constituye el capital de aquél.

El comercio, enemigo como jóven clorótica, languidece de día en día falto de mercados donde llevar sus productos, luchando en vano con las trabas que le ofrecen á cada paso las aduanas, lo elevado de las tarifas de transportes y la falta de medios de comunicación suficientes que la permiten extender su actividad y cobrar nueva vida.

La industria, poco menos que en mantillas entre nosotros, languidece por iguales causas y la agricultura, fuente inagotable de riqueza entre nosotros, se halla á punto de desaparecer, porque los gobiernos, lejos de procurar su gradual desenvolvimiento parece que la consideran como manantial del que pueden obtener las sumas indispensables para sus despilfarros y dilapidaciones.

Si se exceptúa á los altos funcionarios del Estado, á los que hacen de la política mercancía de fácil y fructífera transacción y á las grandes compañías que constituyen en España un poder dentro de otro poder y á las cuales los gobiernos miran con tal predilección que ni se atreven á oponerse á sus demasías ni á negarles hasta sus más absurdas exigencias, puede decirse que el resto de los españoles somos víctimas de un régimen que nos emprobece, atenta á nuestra condición de ciudadanos y nos hace indignos de pertenecer á un pueblo culto.

Hora es ya si queremos evitar nuestra ruina hacia la cual caminamos á pasos de gigante, que los españoles nos aprestemos á sustituir un régimen carcomido y que nos envilece por otro más en armonía con los progresos de la moderna civilización.

Es preciso que las clases como los individuos prescindan de sus peculiares intereses fijando su atención en el bienestar general. De otro modo si nos contentamos con lamentar nuestras desdichas en silencio, si no se utilizan todos los medios de protesta que contra los malos gobiernos tienen siempre á su disposición los pueblos y si por el momento no sufrimos las consecuencias de las arbi-

trariedades y torpezas de aquéllos cuando afectan solo á una clase determinada ó á una parte de los ciudadanos y permanecemos indiferentes por miras egoistas, no hay que extrañarse si el día de mañana somos víctimas de las alcaldadas del poder y no se hacen solidarios los demás de los perjuicios que causan.

La unión constituye la fuerza; sin ella nada lograremos para remediar los males presentes y crearnos como nación un porvenir más bonancible.

LA UNICA SOLUCION

Muchas veces hemos dicho que para poner remedio, pronto y eficaz, á los innumerables males que hoy padece la nación española, no hay otra solución posible que un Estado francamente republicano.

El pueblo, la verdadera masa popular así siempre lo ha comprendido y en todas las ocasiones se ha manifestado abiertamente enemigo del régimen monárquico.

La masa que se dice neutra, que se llama independiente, *no es política*, que se asusta de los republicanos, pero que también habla mal de la monarquía, en una palabra, esa gran masa que siempre está atenta al bien particular, importándole un bledo el general, sin comprender que en este último está la base de todo ese numeroso núcleo de egoistas, vienen ahora también con sus actos á darnos la razón, siquiera aún no tenga el valor suficiente para confesar sus errores de una manera explícita y declararse lealmente republicanos.

Nos referimos á la tan traída y llevada cuestión de consumos.

Bastó que unos cuantos productores, seguramente *de los no políticos*, de los *indiferentes*, de los *neutros*, de los que tienen *miedo* á la República, se acordaran que sus ganancias iban cada vez á menos para que poniendo éstos el grito en el cielo, repercutiera por toda España y lo que los primeros querían solamente para su industria, se generalizara y se diera el grito unánime de ¡Abajo los consumos!

Cierto que el efecto buscado ha sido fácil encontrarlo, pero, ¿y la solución? ¿Por ventura creen de buena fe estos *inocentes* que dentro de cualquier Gobierno monárquico; llámese liberal ó conservador; han de tener solución sus justas pretensiones? ¿Ignoran por ventura que el régimen monárquico; es el Estado del privilegio, del favoritismo, de la injusticia y que su misión no es otra que halagar al rico con sacrificio del pobre? ¿No necesita la monarquía para sus derroches y para poderse sostener, de este odiosísimo pero productivo impuesto? ¿Puede sustituirse por alguno otro en que no exista esa criminal desigualdad, en la que el pobre paga más que el rico sin sentirlo ni darse cuenta de ello? ¿Es posible esto y aún más consideraciones que del mismo orden se ocurren á toda mediana imaginación?

Pues si no es posible, ¿á que andarse por las ramas, y á que perder ese tiempo precioso en predicaciones que

se pierden en el desierto gubernamental?

¿No se quiere impuesto de consumos? ¿No? Pues á inscribirse en las filas del gran partido que en su bandera lleva inscrito de siempre el lema de ¡Abajo los consumos!

La República que no vive del lujo y fatuosidad que la monarquía no necesita del sacrificio del industrial ni del productor, le basta con aquellos impuestos necesarios y naturales en todo Estado y se invierten en beneficio de todos, y si alguna vez tiene que recurrir á la implantación de algún nuevo gravámen, procurar siempre la justa equidad, pero jamás recurre como la monarquía, al sacrificio del que produce, del que trabaja, resultando solo beneficiado el poderoso, el rico, el parásito, el inútil.

La República en su programa suprime de gastos muchos más millones que lo que representa lo que se recauda por consumos, luego no le es necesario este impuesto para su vida, pero si necesario le fuera, como más arriba decimos, establecer algún impuesto que hoy no figure dentro de sus manifiestos, tendría más recursos que el echar mano de un tributo que como el de consumos es hambre para el pobre, motín para el pueblo, constante acicate para la rebeldía individual y colectiva, sarcasmo hecho cifras, iniquidad traducida en números, exacción criminosa que tamiza el sudor en martirio, barra inícia ante la que el poder prevalece impune, y el trabajo sucumbe irredento, tributo que solo agobia al que necesita y únicamente beneficia al que de nadie ha menester.

Luego el que no quiera impuesto de consumos, que se venga con los republicanos y juntos todos hacer desaparecer la monarquía.

Es la única solución.

EL MARQUES DE SANTA MARTA

Ha muerto el marqués de Santa Marta. Fué demócrata republicano y federal. Prestó servicios al partido. Vivió desde 1888 alejado de los federales.

A uniones, fusiones y concentraciones dispensó desde entonces su concurso. Dejó la propaganda de la federación por la de la República.

Hace poco más de un año realizó su último intento de unión, en la cual quería ya ver juntos á republicanos y liberales monárquicos.

Demostráronle los echos la ineffectividad de sus deseos, desengañado y abatido vivió en adelante alejado de la política.

Se le enterró el jueves 6 del corriente. Descanse en paz.

¡POBRES BEATAS!

¡Vedlas!, cual fantásticas sombras se deslizan en los templos para oír las innumerables sandeces de los vivos que, seguros de la ignorancia de sus oyentes, se despachan á su gusto sin tomarse la molestia de amenizar sus peroraciones.

El orador más elocuente no puede hacer sentir sensaciones agradables cuando defiende absurdos, y sabido es que sólo absurdos y falsos conceptos son la base de los sermones que las pobres beatas se tragan sin entretenerse á reflexionar, pues si tal hicieran, su razón natural les haría comprender que sólo sirven de pedestal para sostener á los mismos que son causa de su atraso, y en vez de humillarse ante ellos y en vez de contribuir y ayudar á sus mismos verdugos, desertarían del batallón de la ignorancia y estupidez para formar parte y aumentar el contingente de las que han emprendido el camino que ha de libertar á la humanidad de la odiosa esclavitud en que yace sumida.

¡Pobres beatas! ¿Hasta cuándo ha de durar la necedad de las unas y la hipocresía de las otras?

UNA SENSITIVA.

Buenaventura Redón Serrá

Este queridísimo amigo y consecuente republicano, hermano de don Pedro Redón nuestro también querido correligionario y amigo, falleció en Tarragona en la noche del 9 del corriente.

El entierro verificado al siguiente día fué una elocuente manifestación de duelo en la que se demostró las simpatías que la familia Redón tiene entre todas las clases sociales de Tarragona.

Asistieron representaciones de las sociedades Centro Catalá, Ataneo Tarraconense y «El Ancora» que llevó su estandarte con un lazo de gasa negra en señal de duelo.

Nos asociamos sinceramente á la pena que tan irreparable pérdida ha producido á la familia que tanto queremos, y á sus hermanos D. Pedro, D.ª María, D.ª Josefa y D.ª Joaquina y hermanos políticos D. Antonio Mariné y D. Martín Betriu damos el más sentido pésame.

JESUCRISTO

Sus apóstoles y sus discípulos en el siglo XX

POR EL

Conde Camile de Renessi

XVI EDICIÓN

TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

DE

Julio Carballo y Carrión

Ingeniero francés

Precio 50 céntimos

Librería Fontis, MADRID.—Casa

del traductor, TORTOSA

Imp. de EL PUEBLO

